Don Pepito se

1

233712



BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

10 cénts.

1

233712

4711505156

Don Pepito se las trae

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

—¡Valiente sinvergüenza! ¿Sabes tú, cariñito mío, que este Ramón es un canallita?

—Pues es grave la confesión que acabas de hacerme, Luisa. Y yo que le tenía por un verdadero amigo y compañero! Yo te juro que Ramón me las pagará todas juntas. ¿Así como así se juega con la honra de un marido y se le vende so pretexto de amigo y tertulio? ¡Ah, Ramoncito, prepárate a sufrir las iras de un marido altamente ofendido!

—¡Por Dios, Pepe, no vayas a cometer una atrocidad y a dar un escándalo, en el que saldríamos ambos perjudicados ante la sociedad? Ya casi me arrepiento de ha-

R.3224095

berte confesado al atrevimiento de Ramón. pero mi conciencia no estaba tranquila. Me basto y me sobro para dar la lección que se merece ese mocoso, que cree que con sus garatusas iba a dar al traste con mi honra y faltar yo al cumplimiento de mis deberes. Ante todo no te comprometas ni des un escándalo. ¡Por Dios te lo ruego! No hagas que ese botarate pueda ser nuestra desgracia.

—Nada temas, Luisa. Ha de ser él quien se imponga el castigo, pero el castigo del ridículo y ante nosotros solos. Por de pronto vengan estos labios de coral que están diciendo, ¡bésame. Sé tan bien como tú que con el escándalo sería peor el remedio que la enfermedad. Nada, nada; el castigo del ridículo es lo mejor, y tú te encargas de prepararlo.

—¿Yo?... ¡Pepe, por Dios!...

—No hay más remedio. Y al efecto, lejos de ponerle mala cara, le alientas con miradas y hasta dale algún apretón de mano, pero sin que él conozca nada que le haga entrar en sospecha.

—¡Pepe, hombre, por los clavos de Cristo! ¿Cómo quieres que ni aun en broma, aparente engañarte? No, no accedo a ello.

—Mira, Luisa: ¿crees que teniendo confianza en este corazoncito tan rico que tie-

nes escondido aquí dentro detrás de ese precioso globo de manteca, tenga motivos para dudar de tu cariño y fidelidad? No; pues entonces haz lo que te mando, riquita y enviaremos a paseo a ese chisgarabis y nos reiremos de él. La tomadura de pelo va a ser de órdago. Tú verás...

—Comprendo que necesitas tener mucha confianza en mí para aventurar semejante proposición, puesto que mi confesión del amor que le he inspirado a Ramón pudiera ser un medio de alejar toda sospecha por tu parte y entenderme mejor con el. No creo que tal supondrías, pues que bien sabes lo que tu mujercita te ama, para creerme capaz de tal villanía. Toma un besito chupado.

—Anda, tontina; cuando te digo que al pollo no le han de quedar ganas de meterse a enamorar casadas, es porque tengo mi plan.

Llegó la noche, aquella noche tan esperada. Luisa estuvo menos esquiva que otras veces, y hasta se permitió sonreir a las palabritas dulces que a quema ropa le lanzaba aquel botarate. Miróle con ojos tiernos y el infeliz mordía el cebo de una manera lastimosa. Al retirarse Ramón, al despedirse y estrechar la mano de Luisa, ésta le contestó con un significativo apretón que

hizo perder los estribos al muchacho. Salió tan contento que, llevado del entusiasmo de la conquista de la bella Luisa, porque ¡eso sí! la muchacha era de abrigo y la mar de comestible; con aquel cutis que parecía hojas de rosa; aquel pelo rubio como el oro y aquellos ojos azules, dulces como un caramelo de Roldán; aquel pecho tan pronunciado y el cachondeo de aquellas cimbreadoras caderas, que movía cadenciosas y lascivas al andar, daban el opio a cualquier hijo de vecino. Ramón no cabía en su pellejo y, al entrar en el portal de su casa, el entusiasmo cuasi le llevó hasta abrazar al sereno.

II

De esta suerte pasaron algunos días. y Luisa continuaba aceptando los obsequios de Ramón.

—Mi adorada Luisa—decía Ramón loco de amor—que feliz soy al contemplar su sonrisa encantadora, prometedora de locos devaneos y placeres sin fin.

Y le cogió las manos tembloroso y febrilmente, apretándoselas gozoso y entusiasmado,

—Me hace usted daño. Ramoncito—decía Luisa, procurando soltarse del nervioso joven.

—Estoy completamente guillado por esos ojazos negros y traidores.

Y Pepe, haciéndose cada día más el distraído y sin llamarle la atención las reiteradas muestras del entusiasmo de Ramón, pero sin permitirle pasar a mayores.

Por fin, un día Luisa le dijo a su marido que ya estaba cansada de aquella farsa inicua y que le iba a despedir a tambor batiente.

—Paciencia, Luisa. ¿A ti te parece que el mozo está ya en punto de jalea?

—Pero Pepe, si yo no le puedo sufrir de pegajoso y cargante. Ya no hago más comedias. Me tiene rota una mano con tantos apretones y... ¡ca! yo no sufro más a ese botarate.

—Ayer, sin poderlo evitar, me llenó las manos de besucones ardientes y me estrujaba los brazos atenazándomelos con su nerviosidad implacable.

—Mañana por la noche terminará esta guasa. Hoy le pondré en jurisdicción y mañana por la noche irá a llevar su merecido. Ahora te queda que dar el último paso y tener serenidad y valor para darle una cita aquí para pasar contigo la noche.

—¡Pepe! ¿Te has vuelto loco? Jamás haré yo semejante cosa.

—Vaya, Luisa, no seas tonta. ¿Tendré yo ganas de coronarme?

—Eso, ni en broma, Pepe.

—Le citas; yo pretextaré una salida, una guardia en el Ministerio, y con este motivo le entras en tu alcoba y yo le sorprenderé.

—¿Yo meter un hombre en mi cuarto? ¿Es que has perdido el juicio del todo? No, Pepe; yo creí que ibas a llevar muy de lejos la cosa, pero no exponerme a tanto. No, porque sé como está de alborotado el niño, y no quiero que cometa una barbaridad.

—Nada temas, que yo estaré en casa y en el escape del gabinete. ¿Querré yo exponerme a un percance? ¿Tienes confianza en mí?

—Completa,

—Pues entonces obedece y calla; es la mayor prueba de cariño que puedes darme.

Al día siguiente, Pepe, de un humor de todos los demonios, se quejaba a Ramón de la impensada guardia que se le había señalado, y maldecía a todos los sublevados de España, él que tenía pensado salir aquella noche con unos amigos a cazar a las zorreras.

—Maldita sea mi estampa; cuidado que

soy desgraciado. ¡Mira, tú, que tocarme de guardia hoy precisamente! Asi les den morcilla a los sinvergüenzas que tienen la culpa.

—No hay que apurarse. D. José... ¿Quiere usted marchar? Yo me comprometo a hacer la guardia.

—Hombre, usted es la misma bondad. Pero... no, no puedo aceptar; usted, como pollo, querrá divertirse y sería una crueldad en mí sacrificarle en las mejores horas de la noche.

—Nada, D. José, no hay más que hablar; usted se marcha y asunto concluído. La guardia corre de mi cuenta.

—Ramón, usted es la amabilidad suma; su favor me corona de felicidad, pues no sé cuanto tiempo hace que no he podido echarme la escopeta a la cara.

—De otra cosa te coronaré yo,—añadió Ramón para su *chaqué* (no gastaba capote).—¡Y ella que me ha citado para esta noche!... ¡Mi encanto! ¡Mi bien adorado! Menudo mordisco te voy a largar esta noche...

Parece que todo se arregla como deseo. Gutiérrez me hace la guardia y ¡oh, noche divina! mientras el marido persigue conejos, yo tendré la caza entre las manos y metidito entre sábanas con aquella mujer divina...

Y como voy a urgar yo por entre la maleza de aquel precioso bosquecillo en busca también del conejo... que tiene por el frondoso jardín mi encantadora Luisa. ¡Ah!... ¡Oh!... ¡Uh!...

Y Ramón se restregaba las manos de placer para hacerlas entrar en calor, pues que la tarde estaba muy fría.

A las siete de aquella noche dejaba a Pepe metido en un ómnibus de la Central, muy pertrechado con su escopeta y morral, y así que el cuarto sonó en el músico reloj de Gobernación, y al arrancar el ómnibus, dijo éste:

—Divertirse pollo, y que no esté exigente el ministro.

—Mejor deseara que la exigente fuese la ministra; pero, en fin, quien sabe cómo se pasará la noche; a usted le envidio.

El ómnibus partió y Ramón se dijo:

—Cuidado no tropieces con algún veñado. Ahora vamos a comer, y a las once, que vendrá Gutiérrez, me substituirá, y yo iré a gozar de las delicias que debe poseer la encantadora Luisa, —y Ramón emprendió muy satisfecho el camino de su casa; cenó y regresó al ministerio,

—Querido Gutiérrez: Has de hacer-

me la guardia; es preciso. Esta noche es la gran noche ¿sabes?... La caza del conejo...

—¿El de marras?...

—Sí... ¡Ay!... y que pelito debe tener el indino... si parece que lo estoy palpando ya... ¡ladrona mía!

—¡Oye, chico! no me hables de pelitos, porque traspaso la guardia y me voy también de caza yo...

—¿También tú te dedicas al conejo?...

—No; yo a la zorra... pero, en fin; buena suerte chico y procura hincar el diente de firme a tu conejo, que le supongo tiernecito, fino... de pelito brillante y negro como la endina... etcétera... etc.

III

Las once y media eran cuando Ramón subía recatadamente la escalera de casa de su amigo y compañero. La criada le abrió sonriente como quien dice, «estoy en autos», y Ramón le deslizó en la mano una moneda que la muchacha tomó con gran placer. Ramón dejó el abrigo y, elegante, recién afeitado y con

blanca y reluciente pechera, entró en el gabinete de Luisa que, al verle, se puso pálida.

—Nada tema usted, Luisa. Comprendo su emoción; yo mismo lo estoy con sólo contemplar su belleza y pensar en la deliciosa noche que el destino nos depara.

Luisa nada contestaba; Ramón, más atrevido con el silencio de la dama, se arrodilló a sus piés y la besó la mano.

—No, no, Ramón, ahora no; luego, en la cama; tenga usted un poco de paciencia. No es posible que comprenda lo que estoy sufriendo en estos momentos en que el amor y la pasión me impulsan a faltar a mis deberes. Bien puede usted vanagloriarse de tener un fluido para dominar a las mujeres.

Ramón se agarró a la cintura de la hermosa y sin poderlo ésta evitar recibió un sonoro y apretado beso en la garganta.

—¡Por Dios, Ramón, espere un poco!

— Luisa, Luisa; por piedad, que me está usted matando con semejante dicha. Las palabras de usted me trastornan... ¡Ah, Luisa, cuánto la amo! Crea que no es un capricho la pasión de la materia; yo la amo a usted por la belleza de su alma, por su espíritu que deseo fundir con el mío; sí, Luisa, huyamos de esta tierra prosaica y vamos lejos de Madrid, donde podamos, sin testigos, gozar de nuestro amor.

—Ramón: pero ¿qué es esto, qué poético se ha vuelto usted? ¿Cree acaso que no le amo? Yo le amo con toda la pasión que puede inspirar un amor criminal como el nuestro, inspiración de Satanás, cuyo fuego llevo en mi pecho. Vamos, Ramón, no perdamos tiempo... son las doce... vamos a la cama.

Luisa temblaba al pronunciar estas palabras y Ramón lo tomó por la emoción amorosa. Ramón no se hizo repetir la orden, y rápido como una centella, comenzó a desnudarse. Luisa se puso a soltar sus hermosas trenzas, que recogió en una elegante gorra de dormir y se dirigió a la alcoba desabrochándose el cuerpo de su traje. Ramón, al descubrir la blancura de la chambra de Luisa, fué a arrojarse en sus brazos, pero ésta le contuvo con una provocadora sonrisa que enloqueció más al pollo.

— Todavía no, espera, Ramoncito. Tengo vergüenza que me veas desnudar; acuéstate que voy al momento—y al propio tiempo levantó la cubierta de la

cama.

—Echate, pollito mío—añadió.

Ramón, que ya en calzoncillos tan pronto tenía frío como calor, no aguardó nueva invitación y se metió entre sábanas.

—No tardes, Luisa, porque yo no me acuesto sino contigo, entre tus brazos. —Y diciendo esto el pollo se levantaba.

—No, niño mio; quieto, quietecito; si yo vengo al momento—y se acercó más a la cama para arroparle.

Entonces Ramón sacó los brazos y casi sujetó á Luisa con un brazo del que sólo pudo escapar bajando la cabeza y dando un grito.

Ramón, enardecido, saltó del lecho y se abrazó a Luisa:

—¡Mi vida!... ¡Amor!... ¡Corazón!... rica de mi alma, no me rechaces; ábrete de brazos y aprisiona entre ellos mi enamorado cuerpo.

—No, todavía no: espera un poco.

—Es imposible: no puedo esperar más. Te quiero; quiero morderte. Ha de ser ahora mismo, aunque sea en el suelo.

Luisa hizo ¡un esfuerzo supremo y pudo desprenderse del galán.

—Qué atrevido, qué impaciente: no



dejarás de ser niño. Espera un momento y tendrás cuanto quieras.

Luisa salió de la alcoba y sentóse en una butaca, quitándose apresuradamente sus botinas y calzándose unas preciosas zapatillas.

Ramón veía aquel pie y se revolvía en la cama ansiando el momento de tener entre sus brazos a la mujer que amaba.

—¡Como me matas, Luisita! ¡Cariño mío, ven pronto!

A Luisa ya cuasi le iba gustando el sobeo y hubiese deseado que la partido de caza fuese verdad. ¡Oh, mujeres!...

Levantóse Luisa y soltándose la falda y desatándose las cintas de su refajo, que sonaba con ese embelesador frú-frú de la seda y las finísimas batistas y encajes con que iba compuesta aquella mujer hermosa, se llegó al lado de la cama.

—¿Qué esperará Pepe?—Esto no puede ya continuar; si tarda, yo no sé qué pretextos buscar ni cómo entretener a esta criatura—decía Luisa hablando consigo misma.

En aquel momento tosió, y un segundo después, un terrible campanillazo hizo lanzar un grito a Luisa y ponerse en pie a Ramón.

—Señorita, el señor—dijo una voz que

Ramón conoció ser la de la muchacha.

IV

—¡Ay, Dios mío, que hacer; por Dios, Ramón, márchese usted, venga, salte usted por el balcón!

—Señora ¿desde un cuarto tercero? Prefiero que me mate su marido.

—¡Mi honor, Ramón, mi honor!

—¿Y mi vida, señora?

En la antesala se oía la voz de Pepe que entraba echando venablos y arrastrando la escopeta.

—¡Dios mío, que hacer, escóndase usted! ¡No puede ya salir ¡ay! qué va a ser de mí!—Voy, Pepe, voy—contestaba a las voces con que su marido la llamaba.

Ramón, atortolado como un palomino, no sabía que hacer, descalzo, iba y venía sin atreverse a salir y buscando donde esconderse. Pepe daba repetidos golpes en la puerta del gabinete.

—Debajo de la cama, de prisa—añadió Luisa dirigiéndose a la puerta.

Ramón, rápido como una ardilla, se agazapó y escondió debajo de la cama, casi en el mismo momento en que Luisa abría

la puerta del gabinete.

—Creí que no abrías hoy--dijo Pepe al entrar, dando al mismo tiempo un golpe con la culata de la escopeta en el suelo.

—Estaba acostándome cuando oí la campanilla, y en verdad te digo que el susto fue mayúsculo. Creí que te traían herido, muerto, ¿qué se yo?

—Nada, hija, nada. Cosas de España. Al llegar a Pozuelo se descompone la máquina, y después de una espera inútil nos vuelven a Madrid. En fin, si hubiera gobierno en este país, otra cosa serían las empresas. Mi gozo en un pozo, y el frío que hemos pasado se lo doy al más pintado.

Durante esta breve conversación, Pepe, sonriendo, miraba la ropa de Ramón, que ni tiempo había tenido de vestirse, y Luisa le indicaba con los ojos que estaba debajo de la cama.

—¡Y el pobre Ramón que se ofreció a hacer la guardia por mí! ¡Pobre muchacho, que frío estará pasando en aquel ministerio!

—¡No lo sabes tú bien!—decía para sí el infeliz que, en calzoncillos, tiritaba sobre la alfombra.

—Vamos a acostarnos, pichona mía.

—Qué, ¿quieres acostarte?

—¡Vaya una rareza, Luisa! ¡Si creerás que voy a pasarme la noche en vela y sin tumbarme! Vaya, vaya, ¡pues pocas ganas que tengo de meterme entre sábanas y tener en mis brazos tan hermoso cuerpecito, tocar tus duros senos y redondos muslitos! Nada, nada, a la cama.

—Pero, Pepe, si está allí bajo--añadió en voz baja.

—Lo dicho. Conque a dormir, digo, no: a la cama, pues yo maldito el sueño que tengo. ¡Ese endiablado tren ha excitado mis pasiones de tal manera, que me parece que estoy en la noche de bodas! ¡Sí, Luisita mía, ven aquí, a mis brazos!

Y haciendo y diciendo cogió a Luisa que, ruborosa, se oponía a que Ramón se enterara de aquellos reservados actos, y la sentó sobre sus rodillas, estampando sonoros besos en la boca de su mujer.

—Que rica eres, mujercita mía. Cada día te encuentro más hermosa.

—Deja Pepe... deja que me acueste que la noche es fría y voy a resfriarme.

—Primero dame un beso.

—Toma rico, ¡zás! ¡zás!... ahí tienes dos.

Pepe, enardecido por las gracias de su linda mujercita. que en verdad era un bocado riquísimo, con aquellas protuberan-

cias delanteras y aquel oleaje de carne fresca y sonrosada de los centrales retrospectivos, la tumbó del todo sobre sus piernas y comenzó a teclear en su divino cuerpo y a poner sus labios ardientes por todos sus encantos.

—¿De quién son estas fresitas?... ¿y estos globos de pura manteca que me miran retadores y que yo voy a coronar de besitos?

—¡Tuyos... todo tuyos!... ¡ladronzuelo mío!

Ramón entretanto, bufaba al verse testigo de aquellas expansiones de amor, y se desesperaba de ser el coronado con su presencia, cuando él quiso hacerlo al marido.

Cerró los ojos y no se tapó los oídos porque no podía revolverse.

V

Pepe, después de aquel amoroso prólogo, se levantó, cerró con llave la puerta del gabinete y la dejó sobre la mesilla de noche. Después sacó el revólver y juntólo con la llave.

—Pero ¿qué haces, Pepe mío?

—Nada, que he visto bajar de las buhar-

dillas un tipo que no me inspira confianza, y no quiero que tengamos un susto. Hombre prevenido dicen que vale por dos, con que así, hazte la ilusión de que duermes con dos maridos.

--¡Habrá bruto!--pensaba Ramón.--¡Y el muy bárbaro sería capaz de pegarme un balazo! Después de todo, bien empleado lo tendría por meterme donde no me llamaban.

Pepe se desnudó cantando y Luisa lo siguió, aunque haciéndolo con precaución.

Ramón veía ir y venir los piés de Pepe con botas de tres suelas, fuertes para el campo, y los menudos piés de Luisa y algo de su hermosa pantorrilla cubierta con la blanca media, pero aquello, que antes hubiera entusiasmado al pollo, lo veía ahora con indiferencia, como el niño contempla un precioso juguete delante de su maestro sin atreverse a tocarlo.

Por fin, Pepe se dejó caer en la cama y Ramón creyó que se le venía el mundo encima! segundos después Luisa subia también y Ramón oyó el ruido de otros besos.

--Ahora tendremos que hacer de tripas corazón y sufrir el papel que la suerte me ha destinado. ¡Maldito tren, no pudiera haberse estrellado! Con tal de que duerman pronto, esto es lo que debo desear.

Sin embargo, Pepe no estaba por dormir, y el pobre Ramón tuvo que sujetar los piés de la cama, pues que ésta tenía un movimiento de trepidación que parecía se le venía encima, al mismo tiempo que los besos y los suspiros entrecortados indicaban a Ramón que otro gozaba de la dicha que para él parecía destinada aquella noche.

De vez en cuando soltaban grandes risotadas, los cónyugues.

—Que labios más ricos tienes nenita—decía don Pepe entusiasmado dando cariñosas palmadas a las soberanas nalgas de su mujer.

Pasaron algunos minutos y nuevas risas y nuevos besos.

—Vaya, vaya—pensaba el aterido pollo—esto no se puede sufrir; yo salgo y agarro el revólver y aquí nos la vamos a ver. Sí, pero ¿y la escopeta y la llave? De seguro que salgo por el balcón. Pepe es muy bruto, y, antes de pensarlo, lo hace. En fin, paciencia. Esta noche me cuesta una pulmonía; paciencia y barajar. Diviértase usted, que este borrego lo lleva con paciencia. ¡Y lo que es la Luisita lo ha tomado con entusiasmo! Ya, ya, comprendo; lo que querrá la pobrecilla es cansar a su marido para levantarse y abrirme la puerta para escapar; ¡quién sabe si estará pensando en mí durante estos bárbaros atropellos de su marido! ¡Eh, cuidado, que me va a venir la cama encima! ¡Qué barbaridad!

Dieron las cuatro, y nada. Pepe no se dormía; estaba de vena y se puso a contar cuentos verdes a su mujer, que se reía como una bendita. Las cinco, las seis, las siete, y nada; no hay de que. Pepe seguía despierto y Ramón ya no se daba cuenta de si tenía pies, o de si un ser helado puede continuar viviendo! habíase vuelto boca abajo, y lo único qúe podía hacer era calentarse las manos con el aliento. Cuando sonaron las ocho, Pepe tiró del cordón de la campanilla y se levantó para abrir la puerta.

—Señorito- dijo la múchacha entrando en el gabinete.

—El café.

Pocos momentos después el servicio estaba sobre la mesilla de noche.

—Toma, Luisa, que bien lo necesitamos para reponernos de la mala noche que hemos pasado.

VI

Luisa tomó la taza y Pepe, tomando la otra con la mano derecha, se dejó caer a la parte de afuera de la cama, alargó la taza por debajo y dijo:

—¿La quiere usted con leche, Ramoncito?

Este no contestó, quedando muerto de espanto, y más aun al oir la alegre carcajada de Luisa y Pepe.

—Es decir, que ha sido un complot—se dijo Ramón más muerto que vivo.

—Vaya pollo, salga usted y vístase, que debe estar helado; no tenga usted miedo y salga, que me parece no se le olvidará tan fácilmente la lección.

Ramón salió de debajo de la cama por el lado de Luisa, a quien miró de una manera rencorosa, y más al ver la burlona sonrisa con que la rubia le recibió.

—Lo ve usted, pollo, es muy comprometida la fruta del cercado ajeno, y más aún meterse en gallinero en el que hay gallo.

—Tiene usted razón—fué lo único que contestó, pues ni aliento le quedaba y daba diente con diente al mismo tiempo.

—Vístase usted, criatura; que ya estará helado, y tómese esa taza de café, que bien

le sentará después de la mala noche.

Ramón se vistió deprisa y corriendo; no veía el momento de escapar de aquel cuarto. Así que estuvo vestido, dijo:

—Muchas gracias, Luisa, por la dura lección que usted me ha dado, pero pudo haberme evitado el ridículo de pasar la noche debajo de su cama enviándome a paseo desde el primer momento.

—No, Ramón; entonces no hubiese usted aprendido como hoy; ya sabe que la mujer que es honrada y amante de su esposo, no falta ni a sus deberes ni a su nombre. Así comprenderá usted que es inútil tratar de seducir a una mujer casada, hacer traición a un amigo y compañero, y de esta suerte si usted mañana se casa, no celará su mujer, pues que si es honrada le bastará su virtud, y si quiere faltar a usted, toda precaución será inútil si ella se empeña.

—¡Ay Luisita mía! Dame un abrazo que te voy a comer a besos.

—¡Canastos, don José; basta ya con la noche: espérese usted al menos a que me vaya.

Marido y mujer soltaron una carcajada, y el pollo salió bufando.

—¡Que usted descanse!—oyó que le decía Luisa.

—¡En el infierno!—añadió Ramón en

voz alta!

Al abrirle la puerta de la escalera, Jesusa, la muchacha, le dijo:

—¡Ay! Qué ojeroso va usted, señorito; que usted descanse!... ¿Y para la confidente no hay una propineja?

—De solimán te la daré, canalla.

—¡Uy! ¿Qué mosca le ha picado? Vaya usted con Dios y divertirse, señorito.

Ramón se volvió iracundo para sacudir un bofetón a la insolente, pero se detuvo.

—Después de todo, bien empleado me está, por animal, sí señor, por animal, de haber caído en el cepo; pero yo escarmentaré, y ¡cuidado que la lección ha sido dura y de cabeza!

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

PUBLICACIÓN SEMANAL.

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

TOMITOS PUBLICADOS:

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos.—Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos. Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles.—Trapisondas de mujeres.—Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante.—Sangre ardiente.—Enredillos de hembras.—Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo.—Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del amor.—La mujer ajena.—La Sabrosa.—Secretillos de alcoba.—La Isla del amor.—Un matrimonio modelo.—La Virgencita.—Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes.—Canalladas de Cupido.—Travesuras de un conejo.—Diabluras deliciosas.—Lechos voluptuosos.—Don Pepito se las trae.

Constituyen estos tomitos una serie extensa de joyas literarias y artísticas en el género amoroso, escritas por sus autores con tal desenvoltura, gracia y salero, que hacen asistir al lector al lugar de la escena y saborear gozoso los pasajes deliciosos que en ellos se describen.

CADA TOMITO 10 CTS.

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

Consta de 10 tomitos picarescos diferentes, muy sugestivos, interesantes y amenos. La última palabra de lo gracioso y cachondamente bien escrito.—Riquísima presentación.

CADA TOMITO 20 CTS.

Publicaciones Alegres Barcelona - Buenos Aires